



Finalizando el 2004, falleció a los 71 años en Nueva York. Lamentaba ante los medios de comunicación que la consideraran una “*máquina de opinión*”,

Susan Sontag, una voz crítica contra la injusticia

La intelectual estadounidense Susan Sontag (Nueva York 1933-diciembre 2004), finalizando el 2004, falleció a los 71 años en Nueva York. El cáncer, sobre el que escribió en *“La enfermedad y sus metáforas”* ha terminado con la comprometida escritora. En 2003 recibió junto a la autora marroquí Fátima Mernissi el premio Príncipe de Asturias de las Letras. Susan Sontag era una de las más conocidas escritoras en de Estados Unidos por su prosa provocadora, por sus declaraciones, por su defensa de los derechos humanos.

Sontag lamentaba ante los medios de comunicación que la consideraran una “*máquina de opinión*”, aunque era capaz de conversar sobre los temas más diversos, en especial la política. Estudió en las universidades de California, Chicago, París y Harvard. Un artículo, *Notas sobre el camp*, publicado en la revista *Partisan Review* (1964) y reseñado en numerosas publicaciones, llamó la atención nacional sobre su nueva definición de “*camp*” como el amor hacia lo antinatural, artificioso y exagerado.

La escritora estaba considerada una autoridad en lo referente a las costumbres estadounidenses de la década de los 60. Fue enviada como periodista a la guerra de Vietnam en 1968, conflicto que la impactó profundamente. Sus ensayos se han publicado bajo el título *Contra la interpretación* (1966), *Estilos radicales* (1969) y *Bajo el signo de Saturno* (1980). Era judía, aunque no practicante, y filmó en 1973 a las tropas israelíes en la guerra de Oriente Próximo, dirigiendo una película en los Altos del Golán: *Tierra prometida*.

Enferma de cáncer, escribió *La enfermedad y sus metáforas* (1978) y diez años después publicó *El sida y sus metáforas*. También escribió *El benefactor* (1963), *Equipo mortal* (1967) y *El amante del volcán* (1992), novelas; además de ensayos como *Sobre la fotografía* (1977) y relatos recopilados en *Yo, etcétera* (1978). Además, ha escrito sobre cine y teatro y editado textos escogidos de Roland Barthes y Antonin Artaud. En 1993 acudió a Sarajevo, donde impartió clases en la Academia Dramática y montó la obra *Esperando a Godot* (junto con

otros intelectuales). Cofundadora en 1993 del Parlamento Internacional de Escritores, en 1994 recibió el Premio Montblanc por su labor cultural en Bosnia.

De su activismo político y crítica infatigable del poder y la tiranía dan idea sus ataques contra George W. Bush –“ese señor horrible de Tejas”–, su secretario de Estado –“un criminal de guerra”–, Silvio Berlusconi –“ese rico tonto”–, contra Ariel Sharon, contra el terrorismo etarra, o contra los medios de comunicación tras el 11-S. También defendió a Salman Rushdie cuando fue sentenciado a muerte por una “*fatua*” del imán Jomeini tras publicar *Versos satánicos* y arremetió contra el resto de los escritores por no salir en su apoyo. Considerada como la más europea de los escritores estadounidenses, Sontag fue conocida por su análisis crítico de Occidente y por su compromiso con la izquierda.

Cuando se desveló el escándalo de las torturas en la prisión iraquí de Abu Ghraib aseguró: “*En Estados Unidos evitamos la palabra tortura, decimos abusos, humillaciones, pero la palabra justa, es tortura*”. Se ganó una lluvia de críticas en su país cuando publicó un ensayo en la revista *The New Yorker* en el que decía que los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos no habían sido *cobardes*, como los calificó el Gobierno del presidente George W. Bush, sino “*un acto llevado a cabo como consecuencia de las alianzas y acciones específicas de EEUU*”.

En el 2001 recibió el premio Jerusalén de Literatura, el más prestigioso de Israel para escritores extranjeros. Aceptó el galardón, pese a las presiones para que lo rechazara, pero aprovechó la ocasión para condenar la política de ocupación israelí en los territorios palestinos. La autora, dotada de una gran formación filosófica, se alzó como una de las voces más combativas dentro de su propio país. Pero su verdadera pasión, según decía, era la literatura, porque aumentaba su capacidad de comprender, su capacidad de compasión.

Pablo T. Guerrero.